

Director: A. MORAN

Redactor-Jefe: F. MORA

Redacción y Administración: PLAZA PERPIÑA, n.º 8, 3.º

Administración: Tel 870 65 33 - Redacción: Tel. 870 65 34

Depósito Legal: B-7.888/77

Impreso en: DYDGRAF Industria Gráfica

EDITA: EDICIONES VALLES, S.A.

Un mensaje de concordia

Así podría calificarse el discurso que el presidente Suárez pronunció el pasado martes a las diez de la noche en televisión. Y no sólo por su tono y contenido sino porque Concordia fue la palabra más repetida (cinco veces) a lo largo de su parlamento. La intervención televisiva del presidente don Adolfo Suárez sirvió para varias cosas. Una; para que definitivamente se supiera la baza que este va a jugar en las próximas elecciones. Otra, para conocer las razones del señor Suárez en cuanto a la legalización del Partido Comunista. Y una tercera; para que nos demos cuenta, una vez más, de la importancia del medio televisivo y su utilización, cara al ejercicio del poder.

Después han venido los análisis de sus palabras. Para unos se excedió en su defensa de la legalidad de los «pecés». Para otros, los más, el presidente estuvo en su línea seria y centrista. Y para algunos el señor Suárez estuvo falto de profundidad al atacar los grandes temas que abordó en el cañamazo de sus palabras. Hay quien llegó a definir al inquilino de la Moncloa como un «personaje de tragedia shakespeariana», por sus indecisiones. En fin, para todos los gustos, como en botica, en esa sociedad pluralista que el presidente llama a voces en cada intervención suya en el medio que tan bien conoce. No en vano fue monaguillo antes que fraile. Léase director general de radio y televisión. Y allí conoció a sus más íntimos y valiosos colaboradores.

Pero en definitiva, cabe agradecer al señor Suárez, a pesar de su rostro trascendente, en sus apariciones televisivas, su afán de desdramatización de la cosa política española. Y eso, en estos días preelectorales —en que él, claro, no va a utilizar los medios a su alcance para hacer campaña— nunca viene mal.

HABLANDO EN PLATA

Cuidado con el sentimentalismo

Se está acercando la hora de votar. Los partidos han presentado sus coaliciones y ya enfilan hacia la recta final. Hasta el momento todo se ha realizado a nivel de dirigentes. Los políticos, creyéndose más o menos representativos, han defendido sus posiciones ideológicas y personales, promoviendo pactos, excomulgando u otorgando bendiciones, según los casos. El contacto con el pueblo no se ha producido. Ciertamente algunos grupos, los más fuertes, han realizado ya mitines multitudinarios, llenando en cada caso, como ejemplo más cercano, el Palacio de los Deportes de Barcelona, pero de ahí no se pueden sacar consecuencias definitivas. Como decía un amigo: un partido que se precie de tal ha de llenar por fuerza ese recinto, en caso contrario, no pasaría de partidillo, de junta de amigos, hablando en plata, que es como nos corresponde en esta sección. Claro que se podrá argumentar que quienes han pasado esta primera prueba del fuego de convocar a una masa y lo han logrado, algo demostraron. Ciertamente, pero no es suficiente.

Hasta que el pueblo, a través de las urnas diga exactamente cual es su postura, ningún partido, ninguna coalición, ningún político, podrá esgrimir representatividades. De ahí la necesidad de que este tiempo que falta para llegar a los comicios, se convierta en una etapa clarificadora, en la cual todos procuren presentarse con la mayor sencillez, sin retorcimientos, abiertamente, explicando, escondiendo lo menos posible sus intenciones —lo ideal sería que todos las pusieran al descubierto, pero en política siempre es muy difícil— con el fin de que el electorado sepa a que atenerse.

No puede suceder, como ha venido sucediendo con excesiva frecuencia, que en casi todos los actos públicos los partidos digan lo mismo, hasta llegar a dar la impresión de que son

iguales, excepto en las siglas con que se identifican.

Hay temas muy concretos en los que no caben dobleces. Por ejemplo, el hecho catalán. Quien lo entienda como un hecho regional, merecedor de autonomía, dentro de la variedad regional de España, debe exponerlo con claridad. Quien entienda a España como algo unitario, también debe hacerlo. Y lo mismo quienes piensan que Cataluña es una nacionalidad dentro del Estado Español, procurando, además, clarificar qué entienden por nacionalidad y qué por Estado español, porque la gente anda hecha un lío. Y si alguien piensa en el separatismo, debe avisarlo con mayor claridad.

Otra cuestión que han de dejar bien clara los partidos en lista, es su posición ante los planteamientos económico-sociales. Quien sea partidario del libre mercado, sin más, a decirlo; quien piense que esa libertad individual en la iniciativa económica ha de estar contrapesada por un sentido social que defienda a todos los ciudadanos, sin menoscabo de la libertad, también; y quienes aspiran a transformar la sociedad hasta llevarla al socialismo, en el que se controlen todos los medios de producción y de trabajo, no debe andarse con tapujos. La cosa no es para tomarla a broma y cada cual ha de estar en su puesto.

Y luego, con todas las opciones a la vista, el elector debe tratar de discernir con claridad lo que cree más conveniente, no sólo para él y los suyos, sino para el bien de la comunidad. Y en esta tarea de selección hay que procurar, por todos los medios, dejar de lado los sentimentalismos, porque es la realidad misma de Cataluña, de las demás regiones españolas y de España entera lo que está en juego. Votar sentimentalismo podría ser catastrófico. Atentos pues al corazón, pero regido por la cabeza.

Joan del Vallès